

Salutatio febrero 2008

AL ECO DE LAS CELEBRACIONES
(La Orden ha celebrado los 450 años del nacimiento del Fundador)

Jesús María Lecea, Sch. P.
Padre General

Finis coronat opus! Así reza un conocido proverbio latino: “el final corona la acción”. La Orden ha llegado al final de las celebraciones de los 450 años del nacimiento de S. José de Calasanz, que durante todo el año 2007 se han ido desarrollando a lo largo y ancho de la geografía mundial escolapia. No ha habido prácticamente excepción; todos lo han celebrado con un abanico bien diferenciado de actuaciones, fruto de la creatividad de nuestra gente y de su amor al Santo Fundador. Hubo incluso actos que precedieron al Año Jubilar 2007 y quedan todavía algunos más programados para el 2008. El éxito apreciado de las celebraciones, no es para caer en triunfalismos de papel ni para desviarse hacia la autocomplacencia. Nada de esto es útil; más bien es inútil y fatuo. Pero de equidad es reconocer y valorar que la respuesta obtenida a la invitación de celebrar el aniversario calasancio ha sido unánime y entusiasta. Hay que reconocerlo. Lo hago con profunda y agradecida satisfacción.

¿La “coronación” de la obra bien acabada tiene alguna continuidad? ¿Desemboca en algo nuevo? En palabras más pragmáticas, ¿ha servido para algo? Son preguntas que me hago y que invito también a hacérselas. Con la presente *salutatio* quiero compartir con vosotros algunas impresiones más que, de alguna manera, responden a las preguntas anteriores.

En primer lugar percibo una constatación. La figura de San José de Calasanz, su persona, su pensamiento pedagógico, su espiritualidad, su santidad, atraen, suscitan incluso entusiasmo. Lo he podido apreciar tanto en los religiosos como en los seculares, laicos escolapios, antiguos alumnos, alumnos y familias. Personas, incluso, que nada sabían de Calasanz han quedado impactadas cuando han sabido algo de su figura. Lo he presenciado tanto en personas de cultura como entre la gente sencilla.

Junto a la constatación de la atracción que suscita Calasanz está el hecho de que no es muy conocido o, mejor dicho, que los escolapios no lo hemos dado suficientemente a conocer. Ver la capacidad de impacto que mantiene su figura, creo que nos debe llevar a darlo a conocer más. Conocerlo más en la Iglesia, porque es un miembro destacado de su cuerpo, como educador y como santo; es parte de su patrimonio de santidad y de humanismo. Conocerlo más socialmente, sobre todo en el campo de las ciencias de la educación, es aportar riqueza instrumental en intuiciones educativas y sociales, en práctica educativa y pensamiento pedagógico al trabajo educativo actual. Explicar Calasanz a quien no lo conocía hasta ahora ha sido revelar que sus aportaciones a la educación son de enorme valor, histórico y actual. La celebración ya ha valido la pena, aunque sólo sea por

esta constatación: conocer a Calasanz es útil, es provechoso. La referencia a él abre la posibilidad de dar luz, de indicar maneras, de sugerir instrumentos, de ofrecer motivaciones fuertes a cuantos de una manera u otra son educadores. La familia es educadora, la sociedad es educadora, la Iglesia es educadora, la escuela es educadora. Todas ellas, así como pueden educar, pueden también deseducar. Por ello indicar maestros testigos, como Calasanz, es ayudar a que la educación sea buena. Nuestros niños y jóvenes tienen derecho a ser educados bien. Su derecho apunta a un deber, en ellos como protagonistas de su propio desarrollo y en todos los demás como responsabilidad social y de bien común.

En la constatación hay otro hecho más: la resonancia en sintonía de los escolapios con la persona del Fundador. Evocar festivamente a Calasanz ha producido un eco prolongado y elocuente en el corazón escolapio. Remontar espiritualmente hasta las fuentes originarias de la vocación produce siempre un respiro de alivio y una grata sensación de aliento. Esto me ha parecido percibir como experiencia compartida en las celebraciones del Año Jubilar calasancio. Calasanz nos lleva a la persona de Cristo Maestro, de la que él sólo se vio como humilde y paciente evocador. La resonancia producida a través de Calasanz tiene la fuerza del evangelio; participa de su atracción. En la resonancia está también la fuerza atrayente de una idea que en Calasanz se transformó en indiscutible convencimiento: la importancia insustituible de la educación, la nobleza de asumirla como ministerio propio y vocación, el atrevimiento de ejercerla contra viento y marea, sin ceder a las dificultades ni quebrar la esperanza. Si muchos escolapios -yo imagino que todos- han sentido latir su corazón en sintonía con el de Calasanz, bien ha valido la pena celebrar los 450 años de su nacimiento. Ha sido la ocasión para recobrar el frescor de la vocación escolapia en su misma fuente.

También me atrevo a hablar, en segundo lugar, de una huella impresa, marcada en la vida de personas e instituciones. Acercarse a Calasanz, pasarle cercano, entrar en su historia, ha marcado. Por nuestra vida de consagración religiosa llevamos las marcas de Jesús, reforzadas por el sello calasancio. Porque el Fundador no pretendió ni fue otra cosa que reflejo del Maestro. Son importantes las huellas dejadas por una bonita experiencia cuando se trata de encontrar sentido a las cosas, a la vida, al trabajo, a las preocupaciones, a las pruebas y sinsabores, a los momentos alegres que también los hay. Huella significa encuentro. El año jubilar pretendía esto: dejar que la persona del Fundador se cruzara en el camino de la vida de cada escolapio. ¿Ha sido así? Mirémoslo con atención. Si no lo ha sido, busquemos otra ocasión; pero no nos quedemos sin la oportunidad saludable del encuentro. Cuando falta encuentro personal y comunitario con la razón profunda del propio ser -en nuestro caso de religiosos y de bautizados es la persona del Señor-, todo queda desvaído; querer, planes, programas, leyes, suenan y quedan vacíos de significado en la vivencia de la vocación. Me atrevo a decir que la huella del encuentro que la Orden ha tenido con Calasanz ha fortalecido el sentido de nuestro ser y hacer escolapios.

Finalmente un tercer elemento quiero resaltar. Este no sé si ha quedado más en las intenciones que en las realizaciones. De todas formas, como se trata de poner por obra cosas percibidas o intuitas o sugeridas, esto

cuesta más y requiere más tiempo; se necesita perspectiva, distancia en el tiempo para verificar si se ha dado o no, si algo o nada ha sucedido en el plano de las obras. Celebrar a Calasanz nos ha llevado a mirar hacia el horizonte del mañana. Rememorar la etapa primera del itinerario calasancio suscita ineludiblemente la pregunta por la posibilidad o no de seguir recorriendo ese camino. Porque la fidelidad a Calasanz no está en recordarlo, ni tampoco en repetirlo, sino en recrearlo. El Año Jubilar buscaba recordar que la Orden escolapia es portadora de un don, de un regalo venido de Dios: la persona misma del santo y su carisma. Carisma es fruto del Espíritu de Dios, del Espíritu Santo. Los 450 años celebrados son ahora un reto a nuestra valentía y audacia. Si de ofrecer el mismo carisma se trata, hay que estar abiertos al Espíritu de Dios. Estar abiertos a él significa transparencia, veracidad, disponibilidad. Tomemos las celebraciones habidas como una llamada interior, como son las llamadas del Espíritu, a una verificación de nuestra transparencia y de nuestra disponibilidad. Junto a la verificación, sin prejuzgar sus resultados positivos o negativos, retomemos el empeño por hacer vivo hoy lo que Calasanz fue, soñó y sembró. Hay mucho todavía por hacer.

Porque hay mucho todavía por hacer y por cuanto el centenario ha significado para cada uno de nosotros, nuestras comunidades y obras, damos gracias a Dios. El nos ha mostrado a un San José de Calasanz vivo, tan vivo como siempre o más vivo que nunca.

La celebración de los 450 años del nacimiento de San José de Calasanz se ha concluido. Queda un espíritu escolapio renovado por ella, para seguir adelante haciendo verdad que en nosotros su “haber nacido para educar” es una realidad del presente, no mera historia perdida en el tiempo.

Por las constataciones, las huellas y los horizontes ya descritos, nuestro agradecimiento al Señor. ¡Dios primero! Pero es obligatorio, sin dejar por ello de ser placentero, agradecer encarecidamente a todos cuantos han aportado hondura, dignidad y sentido festivo a las celebraciones. En particular, vaya el agradecimiento de la Orden a la Comunidad de Peralta de la Sal. Su capacidad de acogida fraterna es ejemplar. En su proverbial hospitalidad hemos comprobado que la Casa de Calasanz es la casa de todos los escolapios. Vosotros, queridos hermanos de Peralta, nos lo habéis hecho disfrutar. Gracias. Agradecimiento también a la Provincia de Aragón por toda su disponibilidad para acoger iniciativas de todo tipo, de modo que las celebraciones se realizaran a la perfección. Gracias por tantas iniciativas tomadas para dar a conocer a Calasanz y hacerlo cercano y presente en la Iglesia particular aragonesa y en sus gentes.

Me imagino al Santo Calasanz sonriendo en el cielo, viendo a sus hijos tan afanosos y contentos celebrando su cumpleaños en familia y con mesa preparada para acoger a los invitados. Valió la pena celebrar los 450 años del “santo viejo” Calasanz, “nacido para educar” a niños y jóvenes. Entre ellos, por medio de nosotros, hoy se hace joven.